

SERMON PANEGÍRICO

DE LA

ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.

*Quæ est ista, quæ ascendit de deserto deliciis
affluens inixa super dilectum?*

(CANT. CANT.)

Ya el triunfador de la muerte, despues de haber encadenado al demonio, habia tomado posesion de la gloria adquirida con las afrentas de la Cruz: ya los asientos del cielo, ántes vacíos por la rebelion de los ángeles, empezaban á llenarse, y los justos de ambos Testamentos, al sonido de sus cítaras, entonaban los cánticos eternos de la celestial Sion, alabando al Cordero, cuya sangre los hiciera reyes y sacerdotes del reino y templo de la gloria. Sin embargo, faltaba á la gloria esencial de los justos, que consiste en ver á Dios y gozarle, otra accidental: la de ver en su trono á la Reina de los cielos. Llegó por fin el venturoso dia de su triunfo, dia de nuevo regocijo para los bienaventurados, dia de llanto y tristeza para los justos de la tierra; y en él, ¡qué cuadro tan grandioso se presenta á nuestra vista! En la tierra, huérfanos los hijos de una Madre tierna y amorosa que los cimentára en la creencia de Jesus, consternados rodean el sepulcro que tuviera en depósito los restos mortales que por nueve meses fueran arca del Dios vivo, su habitacion y santuario; mas en el cielo, ¡qué escena tan diferente se representa! María

ha hollado la muerte; su alma santísima, separada del cuerpo por tres días, se une de nuevo á él, y, resucitado por virtud divina, pasa de la tierra al cielo, y con más grandeza y majestad que el sol al aparecer en el Oriente y encaminarse al medio del firmamento, va aquel compuesto deificado penetrando las bóvedas celestiales, sostenido en nubes esplendentes. En el mismo momento, todo el ejército celestial, ordenado en sus jerarquías, se pone en movimiento; el Hijo del Eterno se levanta de su trono, y, precedido de infinitas legiones, llega á los muros de la celestial Jerusalem; ábrense las puertas de zafiro y esmeralda, y entre las aclamaciones más patéticas, entre los más melodiosos himnos de los ángeles, el Hijo estrecha en sus brazos á su Madre, y apoyada en Él, camina al través de aquellas calles edificadas de topacios; la conduce hasta su propio trono, causando este espectáculo nunca visto tal admiración á los moradores del cielo, que unos á otros se preguntan: *Quæ est ista?* ¿Quién es esta que sube del árido desierto del mundo rebosando en delicias y reclinada sobre su amado? *Quæ ascendit de deserto deliciis affluens inixa super dilectum?*

Si los ángeles se sobrecogen al penetrar María ya gloriosa en las moradas eternas; si se preguntan unos á otros en su admiración extática quién sea aquella que ha penetrado en su recinto, necesariamente hemos de inferir que vieran en María una gloria y hermosura que no habían visto todavía. Y así es, amados míos; entró esta Reina en el cielo más refulgente en el cuerpo que todos los astros juntos, y la hermosura de su alma dejaba eclipsadas á las de todos los patriarcas y justos, y aún á los mismos serafines; subía triunfante y gloriosa, y aunque vieran ántes al Rey de los cielos con otra gloria mucho mayor, mas era la gloria del Verbo unida al cuerpo y al alma que tomara, y en cuya generación todo era obra del Espíritu Santo. Pero el cuerpo de María era tomado de

la tierra; era esta pura criatura hija de Adán pecador; subía del desierto del mundo, donde no había sino corrupción; veían un cuerpo material y de barro, elevado á la más encumbrada excelencia, ágil como el espíritu, sutil como los ángeles, esplendoroso más que el sol, impasible é incorruptible más que las estrellas; no es, pues, extraño que un cuadro de tanta gloria los admire, y, arrobados en la contemplación de tanta belleza, exclamasen todos á la vez: «¿Quién es ésta que sube del desierto anegada en delicias y reclinada sobre su amado?» *Quæ est ista quæ ascendit de deserto, etc.*

¡Ah! Si en el cielo, donde todo es esencialmente hermoso, María encantó tanto más con sus gracias, ¿qué efecto produjera en nosotros la vista de tanta hermosura si pudiésemos contemplarla? Si en la gloria, donde todos son sabios, apenas pudieron enarrar esta belleza los ángeles, ¿cómo nosotros, que somos ignorantes, podremos descifrarla? Ardua empresa es ciertamente para un mortal el delinear la hermosura de los Santos; sin embargo, voy á tantear esta materia, y confiado en los auxilios divinos, ocuparé vuestra religiosa atención, poniendo á vuestra vista la hermosura del cuerpo y alma de María Santísima en el día de su glorificación.

¡Oh gloriosa Reina de los ángeles y Madre de los hombres! En este día de triunfo para tí y de consuelo para nosotros, permitidme que, postrado á vuestras plantas, os pida un rayo de luz celestial para manifestar á cuantos me oyen las grandezas á que fuiste sublimada. Mi debilidad me acobarda; pero vos me extendereis vuestra mano generosa, y bajo sus influencias benéficas me internaré en las maravillas del Omnipotente, y enalteceré la fuerza de su brazo. Para conseguir un favor tan distinguido, os saludo con el ángel.

AVE MARÍA.

Desde que el hombre pecó, se convirtió la tierra en valle de lágrimas; desapareció aquella perfecta armonía que hermanaba la carne con el espíritu; sintió éste toda la fuerza de sus inclinaciones perversas; experimentó aquél las malignas influencias de los elementos, y, condenado á llorar, lágrimas derrama al ver por primera vez la luz, y con tristes suspiros abandona esta misma luz para bajar al sepulcro. Así nacen los Reyes del mundo, sin que toda la grandeza de sus progenitores pueda eximirlos de una miseria esencial á su naturaleza; así vienen al mundo los infelices tributarios de la pobreza, y tanto unos como otros van caminando paso á paso á un momento fatal en que, sin que influya en ellos el brocado y púrpura del trono, ni la dureza del lecho, entregados á fuertes convulsiones, y resistiéndose á desamparar un mundo que pasa sin dejarse gozar, entran en la vasta region de la eternidad y sea el cuerpo pasto de gusanos. Esta es la suerte del hombre, justamente merecida por sus pecados. Mas si el hombre es justo, si su alma no contrajo la mancha del pecado, ¿por qué ha de padecer las consecuencias? ¿Por qué lo han de afligir las miserias del cuerpo? ¿Por qué ha de morir? Ved aquí, amados míos, un problema, cuya resolucion encontramos en la vida y muerte de María.

La razon del hombre entregada á sí misma encuentra gran incompatibilidad entre la pureza y dignidad de esta criatura y sus padecimientos; mas tan pronto como se eleva sobre sí misma, comprende fácilmente que la misma Madre de Dios, siendo hija de hombres pecadores, tenía que pagar el justo tributo á la naturaleza de que fuera empastada, sintiendo en su cuerpo los rigores de los elementos, el frio, el calor y el hambre, y en su alma la tristeza, el dolor, las aflicciones más intensas, y sucumbiendo, por fin, al golpe de la muerte; pues aunque fué más pura que los ángeles, no fué más pura que Aquél

que, siendo impecable por naturaleza y dueño de la vida y de la muerte, sintió en su cuerpo los rigores del pecado, el frio, las privaciones y las fatigas y tormentos, y en su alma las más acerbadas agonías, y concluyó su preciosa vida muriendo en un madero. De aquí concluimos, con el doctor San Bernardo, que lá hermosura de los justos es un cuadro oculto á los ojos de los hombres, y sólo manifiesto á los de Dios; por grande que sea un alma, reside en un cuerpo de barro, destructible al primer empuje de los elementos; por grandes que sean los méritos de los Santos, no aparecen en su exterior sin las insignias del pecado. No es, pues, extraño que la Hija de David, la Madre de Dios, pase toda su vida en la oscuridad; no es extraño que espere la Madre del Verbo Eterno porque Dios condene á los justos al término de su vida por las vías que ha decretado para todo el linaje humano, empezando sus glorias á dejarse ver despues que han cerrado los ojos á los objetos sensibles del mundo. Entónces sale el alma del cuerpo más pura que el sol de la mañana; entónces se conmutan las humillaciones de esta vida en un peso imponderable de gloria, saliendo la virtud más esplendente que la luz primordial al abandonar el caos que precedió á la creacion.

Para comprobar esa asercion, preciso es que nos traslademos al sepulcro de María. Aquel cuerpo, donde ha habitado nueve meses la fuente de la vida, se halla exánime y encerrado entre sombras; aquel rostro venerable, en cuya frente brillaba la majestad y la virtud, está cubierto con un sudario. Murió María. ¿Qué digo? Oyó las voces de su amado, que repetidas veces la llamó como el esposo á su esposa: Ven, la dice, ven; ya no verás mi cara entre las angustias de la carne mortal; pasó el invierno de la tribulacion; cesaron de correr los torrentes de lágrimas que tanto desfiguraban tus mejillas; las flores de una eterna primavera matizan nuestros campos y

embalsaman nuestros horizontes; levántate, pues; date prisa, amiga mía, paloma mía, esposa mía, y sube á gozar del amor de un Padre, de la ternura de un Hijo, del cariño de un Esposo. Ecos tan suaves no podian ménos de causar á María la muerte; exhala su espíritu, y como perfume de suavísimo olor consumido en el fuego y reducido á vapores, va su alma penetrando la bóveda estrellada hasta lo más alto de los cielos. Hé aquí cómo esta criatura, superior en gracia á todos los ángeles, paga á la naturaleza humana el tributo de todos los hombres; hé aquí cómo la que nunca conoció el pecado, sufre la pena que éste merece. Sin embargo, ¿crees tú, ¡oh muerte! que María ha entrado en tu tenebroso imperio? ¿Piensas tú que podrá estar bajo tu dominio la que entró en la gran carrera de la vida llena de trofeos que contra tí consiguió hollando la cabeza del envidioso Lucifer, que te introdujo en el mundo? No te gloríes, no; María no es una víctima de tu formidable guadaña; tu furiosa saña no puede saciarse en la que se te ha entregado en depósito; pronto el frío mármol ha de ser visitado por una alma llena de gloria; pronto aquel cuerpo incorrupto saldrá triunfante é inmortal; y así como María ha imitado á su Hijo en los trabajos y en la muerte corporal, así se le ha de semejar en la resurrección, saliendo de entre las sombras de la muerte, y cantando con Oseas: «¿Dónde está ¡oh muerte! tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?» *Ubi est, mors, victoria tua? Ubi est, mors, stimulus tuus?* (*Ose.*, cap. XIII, vers. 14.)

Y al tomar esta nueva vida, ¡qué juventud tan nueva y florida embellece aquel cuerpo! ¡Qué resplandores de gloria y hermosura lo adornan! Y ¿por qué no tendré yo en este momento los conceptos de todos los espíritus soberanos, el númen de todos los poetas y las lenguas de todos los sabios, para pintar ó delinear lo que ningún mortal ha visto? ¿No es este el momento de llamar á las

hijas de Sion para que contemplen á su Reina y queden extasiadas? La aurora más brillante y pura, los campos matizados de flores y esmaltados entre miles de adiamantadas gotas de rocío, y cubiertos de bandadas de ave-cillas doradas cuyos ecos hienden los suaves rumores de la mañana, reciben una animación que nunca tuvieron cuando esta excelsa criatura deja este mundo y empieza á subir sobre las alas de los ángeles hácia los espacios etéreos; las más altas y gigantescas prominencias dan saltos de alegría cuando ha pasado de sus cumbres esta Reina; los astros en su tránsito despiden nuevos brillos, rindiendo así sus homenajes de adoración á la Madre de su Criador; los más encumbrados cielos se conmueven, y la naturaleza toda salta con mayor ligereza que el tierno corderito al verse junto á su madre en un verde y delicioso prado. ¿Os hablaré del ornato exterior de aquel cuerpo virginal? ¿Podré describiros la refulgencia del azulado manto, el resplandor de su corona, cuando el sol, las estrellas y la luna son sus adornos? ¡Ah! No; admirado de tanta hermosura, sólo me atreveré á exclamar con San Bernardo: «¡Oh cabeza digna de ser coronada de estrellas! Cabeza que, siendo más esplendente que los astros, les da nuevo brillo y resplandor, en vez de recibirlo de ellos.»

Entonces apareció María adornada con toda la hermosura con que la pinta el Espíritu divino en el libro de los *Cánticos*; sus ojos, más abiertos y puros que los de las palomas, y más cristalinos que las piscinas de Hesebon, *oculi tui columbarum*; sus labios, más rubicundos que el carmin, semejantes á una banda de púrpura, *sicut vitta coccinea labia tua*; su acento, dulce y melodioso, *eloquium tuum dulce*; sus dientes, más blancos que los rebaños al salir de los lavaderos, *dentes sui sicut grex ovium, quæ ascenderunt de lavacro*; sus mejillas, más rosadas que las cortezas de las granadas; su talle, derecho como la pal-

ma; su cabeza, majestuosa como las colinas del Líbano; su cuello, terso y blanco como una torre de marfil, como la torre de David, rodeada de almenas y baluartes, de donde miles de escudos penden para armar á los guerreros; sus cabellos, como la púrpura real ondeada y enlazada con cordones de oro. ¿Os hablaré aún de la imponente y majestuosa recepcion de María Santísima en el cielo, del trono que su Hijo la preparó á su diestra? ¡Mortales que habeis visto las ovaciones de los héroes del mundo; vosotros que habeis sido testigos de la magnificencia con que los Monarcas del mundo se presentan por primera vez á sus vasallos; todo cuanto ha pasado por vuestra vista es una ligera sombra en comparacion de la pompa con que María fué recibida en el cielo. Allí el Hijo de Dios se levantó de su trono y salió á recibir á su Madre; todo un Dios prestó homenaje á una criatura, haciéndola sentar en el sόlio de la Trinidad, como dice el Doctor Pedro Damiano, *surrexit rex in ocursum reginæ*; allí todos los ángeles, por sus órdenes y jerarquías, fueron postrándose uno por uno á las plantas de su Reina; allí los veinticuatro ancianos, descubriendo sus venerables cabezas, arrojaron sus cetros y coronas, y los pusieron á sus piés, como otros tantos trofeos debidos á sus victoriosos pasos; allí... pero ¿quién podrá enumerar tantas grandezas? Basta decir, con el mismo Santo Doctor, que, salva la majestad del Hijo, la Asuncion de María fué más grandiosa é imponente que la Ascension de Cristo su Hijo; y, en efecto, Jesus entró en el cielo que se hallaba sin moradores, y María lo encontró poblado; Jesus entró capitaneando una muchedumbre innumerable de cautivos rescatados, y precedido de sus ángeles, y María entró acompañada de su Hijo, que salió á recibirla, precedida de muchos justos, y acompañada y festejada de todo el ejército angélico, cuyas legiones la condujeron en sus alas desde el sepulcro.

Toda esta gloria y hermosura es grande y admirable, de tal modo, que apénas podemos comprenderla; sin embargo, tiene alguna analogía con nuestros sentidos, pues es la gloria de un cuerpo, gloria que pudiéramos ver si Dios quisiese manifestárnosla, despues de habernos dispuesto á percibirla con su omnipotente mano; gloria que algun dia esperamos ver con estos mismos ojos que ahora se deleitan en contemplar las bellezas del Criador, simbolizadas en las criaturas. Esto no obstante, María entró en el cielo adornada de otras bellezas que no están en contacto con lo que vemos ni palpamos; con las glorias de su alma, en cuya consideracion se pierde nuestro entendimiento, por hallarse éste ligado á los sentidos para sus operaciones. Todo cuanto queramos imaginar no es más que un caos. Comprendemos por la fé y la razon que este cuerpo ha de adquirir un nuevo ser, que los lauros y coronas han de ceñir esta frente, que los mártires embrazarán sus palmas, que las vírgenes serán hermoeadas con blancas azucenas, y que, como dice el venerable Beda, hay en el cielo insignias para coronar á los soldados de Jesus. Mas en cuanto á la gloria y hermosura del alma glorificada, toda imágen es inexacta, toda idea es débil, y nos vemos precisados á confesar, con San Pablo, que ni los ojos vieron, ni los oidos oyeron, ni el corazon del hombre puede rastrear lo que Dios tiene preparado para los que le aman. ¡Las glorias del alma! ¡Ver á Dios! ¡Gozarlo! ¡Comprenderlo! ¡Ay! Miétras estuvo ligada al cuerpo mortal, mil veces deseó ver á su Dios, y otras tantas se encontró vendada por el denso velo de la carne; la pesadez de los sentidos, el ruidoso espectáculo del mundo y los objetos exteriores, impedian los rápidos vuelos con que queria elevarse hasta el cielo; pero, desprendida ya del cuerpo, todo obstáculo desaparece; y, revestida con la luz de la gloria, ve á Dios como es en sí, lo contempla y lo goza, y se trasforma toda en Él, asemejándosele

en todo. *Similes ei erimus quoniam videvimus eum sicuti est.*

Si esta es la gloria que Dios prepara á cada una de las almas; si Dios se manifiesta á las almas y las transforma en sí mismo, dejándose comprender de ellas, segun sus méritos, ¿qué gloria tendria preparada para el alma de su propia Madre, para la Reina de todos los Santos, cuya pureza sólo es inferior al que es puro y santo por esencia? Fijemos aquí nuestra atencion, amados míos: las glorias del alma de María han de estar en proporcion con sus méritos. ¡Qué océano de maravillas se me descubre! Al glorificar Dios á los Santos, corona sus propios dones, como dice San Agustin; mas al glorificar á María, no son ya los méritos de un hombre, sino los de un Dios, los que van á ser coronados; porque Dios y María han tenido en el mundo un mismo destino y una misma suerte; Dios bajó del cielo á tomar cuerpo humano; María se lo dió: Dios pasó treinta y tres años entre los hombres; María lo alimentó y conservó: Dios se vió entre mil peligros en su infancia; María lo salvó: Dios se vió crucificado y baldonado; María lo acompañó: es decir, que no podemos hablar de los méritos infinitos del Redentor sin hablar de los de su Madre; es decir, que las glorias de Dios son las glorias de María. ¡Oh gran Dios! Dignaos purificar mis labios para exprimir tanta grandeza; no permitais que sacrifiquemos á los viles objetos del mundo los bienes para que nos habeis criado! Porque Jesus se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, Dios lo ensalzó, dándole un nombre sobre todo nombre, ante quien se postre todo sér en los cielos, y en la tierra, y en los abismos; luego porque María se humilló más que todas las criaturas, creyéndose la última de todas, al mismo tiempo que era elevada á la dignidad de ser Madre de Dios, Éste la ensalzó de tal manera, que los ángeles, los hombres y los espíritus se inclinan en su presencia; luego habiendo

sufrido en su alma cuantos tormentos padecia en el cuerpo su Hijo Jesus, Dios habia de premiar sus méritos de un modo proporcionado á su valor; Jesus se halla sentado á la diestra del Padre; es decir, igual y consubstancial al padre; es la fuerza y virtud de su brazo, es el principio de todas las cosas, el resplandor de la luz eterna, la imágen de su gloria y la figura de su sustancia; Él rige y gobierna al mundo, y con sola una mirada quebranta las cervices de sus enemigos, dando leyes al universo y arreglando con su voluntad soberana cuanto los mortales atribuyen á las combinaciones ó al acaso; desde allí se rie de sus contrarios, y cambia los obstáculos en medios eficaces, haciendo que la mentira sirva de triunfo á la verdad, las pasiones y crímenes al de la virtud, los excesos y la impiedad al arraigo de la Religion; mas Jesus no está solo; á su lado se encuentra su Madre, quien, así como fuera la compañera de sus destinos en la tierra, lo es tambien de sus glorias en el cielo; allí está tambien rigiendo el mundo como Reina, mandando á los ángeles, confundiendo á los demonios y pulverizando á sus enemigos; allí está toda rodeada de gloria y majestad, y como perdida en los resplandores que circuyen por todas partes el sόlio de la Divinidad; allí está, no envuelta en las ignominias del Hijo, como se encontrára una vez en el Gόlgota, sino participando de toda su gloria, majestad y poder. Sí, la gloria del Hijo es la gloria de la Madre, como dice el devoto Arnoldo: *Gloriam enim matre non tam communem judico quam eundem.*

¡Ah! Si quisiese Dios hacernos gustar por un momento una sola gota de aquellas aguas que, como raudo y cristalino rio, inundan la ciudad de Dios; si acortándose el inmenso espacio que nos separa de nuestros hermanos pudiéramos contemplar lo que ya vemos con la fé; si nos fuera concedido oír aquellas palabras secretas que no es lícito hablar al hombre, entónces quizás comprendería-